

Entre la lingüística y la historia, el análisis del discurso (histórico). A propósito de *Revolución y discurso. Un portavoz para la integración hispanoamericana: Bernardo de Monteagudo (1809-1825)*, de Graciela Vázquez Villanueva.

Pablo Martínez Gramuglia

Instituto de Literatura Hispanoamericana (UBA) / Universidad Nacional de General Sarmiento

Frente a toda bibliografía cuya metodología abierta o implícitamente opta por el análisis del discurso (AD), parece surgir de manera inevitable un interrogante sobre el aporte específico de un análisis tal: ¿qué de nuevo, qué de distinto viene a aportar a la historia como disciplina? Y si se plantea casi siempre, se refuerza cuando el autor del estudio no es un historiador, sino una lingüista, como en este caso. Porque la base de esa pregunta es, en realidad, la sospecha de que el AD, luego de recorrer *corpora* textuales abrumadores, de armar series temáticas, de referir los universos conceptuales a los que cada término remite, de contar y recontar los pronombres, identificar nominalizaciones y atribuciones, o de otros procedimientos cualitativos y cuantitativos, la lectura de cuya exposición suele ser fatigosa, viene a decirnos algo que los historiadores ya sabían desde antes de abrir el libro; que Mariano Moreno, por ejemplo, efectivamente era revolucionario, o que en mayo de 1982 el general Galtieri sabía que perderíamos la Guerra de Malvinas.

Esta idea, sin embargo, más de una vez es resultado de una lectura ligera y, digámoslo, historiográfica; es decir, factual, positivista y orientada hacia una clasificación específica y coherente, una lectura que *parte de la pregunta* “¿era Mariano Moreno revolucionario?” y que solo acepta como respuesta un sí o un no. Cuando en realidad el análisis del discurso (o *cierto* análisis del discurso, aquel que efectivamente puede ser una herramienta útil al historiador) propone no tanto la catalogación de los discursos y sus enunciadorees como describir los enunciados y la tensión que dentro de ellos sostienen las voces involucradas, las contradicciones que el discurso anida y esconde o exhibe, las incoherencias y los lapsus, no para eliminarlos en una concepción

general que los explique, sino para explicar en todo caso su coexistencia en el mismo discurso y para dar cuenta de la potencia de una práctica (el discurso) que puede *sostener* esa coexistencia¹.

Eso propone Graciana Vázquez Villanueva en *Revolución y discurso. Un portavoz para la integración hispanoamericana: Bernardo de Monteagudo (1809-1825)*, reelaboración de su tesis doctoral de la Universidad de Buenos Aires, en la que también ha llevado adelante sus tareas de investigación y docencia. Esta autora traza el derrotero de un revolucionario que va, como no es infrecuente, de la exaltación de la libertad a la defensa del orden. Este trayecto tiene un innegable costado biográfico, pero se centra en una producción discursiva amplia y heterogénea anudada toda en un punto: el sujeto enunciador, de modo tal que un vasto conjunto de textos resulta entendido como un “único, extenso, dilatado acto de habla”². ¿Qué conjunto? Vázquez Villanueva toma buena parte de la producción de Monteagudo en el período delimitado en el subtítulo, particularmente aquella que aparece publicada en periódicos³. Bernardo de Monteagudo es ese enunciador compartido, entendido como un *autor*: su producción constituye, para Vázquez Villanueva, la expresión de un pensamiento y una voluntad individual. De ahí que incluya en su análisis los textos firmados con seudónimo, por ejemplo. Más específicamente relacionado con la constitución del *corpus* de trabajo está el hecho de que la lingüista ha trabajado exclusivamente con reproducciones y no con material original, aunque en algunos casos sean ediciones facsimilares. En ese sentido, la atención prestada a la materialidad de los discursos no es (no podría ser, por el tipo de fuentes

¹ Michel Foucault, uno de los “padres” del AD, señala cómo la historia de las ideas tradicional busca con afán la coherencia, que es en sí misma uno de los resultados de la investigación, mientras que “para el análisis arqueológico, las contradicciones no son ni apariencias que hay que superar, ni principios secretos que sería preciso despejar. Son objetos que hay que describir por sí mismos, sin buscar desde qué punto de vista pueden disiparse o a qué nivel se radicalizan, y de efectos pasan a ser causas” (Foucault, Michel; *La arqueología del saber*. México: Siglo XXI, 1970, 254).

² Vázquez Villanueva, Graciana; *Revolución y discurso. Un portavoz para la integración hispanoamericana: Bernardo de Monteagudo (1809-1825)*. Buenos Aires: La isla de la luna, 2006, 223.

³ Se extraña un poco, por eso mismo, la ausencia de papeles menos públicos (aunque difícilmente pudieran adjetivarse “privados”), como el abundante epistolario que se conserva y su tesis doctoral chuquisaquina, *La sociedad y sus medios de mantenimiento*. Tampoco se mencionan los textos de atribución dudosa, como los publicados en *El independiente*, algunos de los del *Boletín del Ejército Libertador* y los bandos y proclamas que habría realizado en Chile y Perú como secretario de San Martín. La selección es, sin embargo, muy pertinente, pues retoma los textos que Monteagudo valoró lo suficiente como para firmar (o reconocer como propios posteriormente cuando usaba un seudónimo) y publicar en los formatos más adecuados para su difusión en los grupos letrados.

utilizadas) la mejor para el estudio que se propone. De modo que si bien se menciona más de una vez la necesidad de articular lo verbal con lo histórico y lo ideológico (necesidad que para el otro fundador del AD, Michel Pêcheux, le era constitutiva), la percepción de los aspectos materiales del fenómeno discursivo resulta deficiente: frente a un periódico como *El Censor de la Revolución*, publicado en Buenos Aires, Vázquez Villanueva indaga minuciosamente en sus líneas temáticas y también en las construcciones del significante verbal, pero no se pregunta por la circulación que esos impresos podían tener, quiénes los leían, cómo se vendían, se subsidiaban o se regalaban, en qué ocasiones se intercambiaban, cómo, en fin, se hacía pública una *discursividad* cuya materialidad es necesariamente otra que la del *Diálogo interesante entre Atahualpa y Fernando VII en los Campos Elíseos*, del que el propio Monteagudo hizo copias manuscritas y difundió a través de la lectura en voz alta en los recintos académicos de Chuquisaca en 1809⁴. ¿Cómo no ver allí la diferencia entre un ejercicio poético cuyas elecciones estéticas (el diálogo de muertos y la literatura de visiones, rastreable en la tradición occidental desde el *Somnium Scipionis* de Cicerón, modelo evidente del letrado criollo) remiten a la ideología del Antiguo Régimen aun en los modos de circulación que imponen a una materia ilustrada y americanista (en la obra, Atahualpa apabulla a rey español cautivo), y una tecnología, la de la prensa periódica, que participa y simultáneamente busca instalar un espacio público moderno, al tiempo que el mismo título actualiza, en clave jacobina, la institución de la censura? Sin embargo, en el libro que analizamos ambos son parte de ese largo acto de habla que da cuenta de un pensamiento revolucionario. Esta perspectiva, en definitiva, revela la permanencia de los moldes de la historia de las ideas tradicional, para la cual los textos y su materialidad no son sino la forma que envuelve el “contenido”, que sería el auténtico objeto de estudio.

Si eso puede considerarse un desvío de los presupuestos metodológicos del AD, resulta un límite de la disciplina el hecho de que, cuando toma como objeto la producción discursiva de un letrado, como en este caso, no deja de ser una versión más compleja de la historia “desde arriba”, para la cual el cambio social se explica a partir de la acción de las elites. En ese sentido, en un estilo pretencioso y recargado, que se esfuerza en la

⁴ Para un análisis del *Diálogo...* y sus condiciones de producción y circulación, véase Altuna, Elena; “Un letrado de la emancipación: Bernardo de Monteagudo”. *Andes* 13, 2002, 29-50.

constante explicitación (aunque oscura) de las operaciones de análisis, muchos fragmentos parecen “traducciones” de relatos históricos aceptados en el campo a una nueva jerga “discursiva”. La sección 2.3, por ejemplo, “El saber legítimo: representaciones sociales del orden político” reescribe el trabajo de Halperin Donghi *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo* (al que por otro lado no deja de citar), mientras que la 3.2 “La nación americana” reformula, traduce y ejemplifica el ensayo de François-Xavier Guerra *Modernidad e independencias*.

No significa esto que Vázquez Villanueva no haga ningún aporte valioso; al contrario, y que quede claro: se trata de una sólida biografía intelectual, de la historia de un pensamiento individual explorado en sus múltiples dimensiones y relaciones con sus contemporáneas. Pero partimos de la pregunta de qué de distinto tiene el aporte del AD a la historia. Y de eso encontramos interesantes ejemplos aquí, como cuando, lejos de la mera catalogación o de la búsqueda específica en el *corpus* de procesos ya estudiados de manera más comprensiva, remite a la dinámica inseparable del fenómeno lingüístico al analizar el modo en que las nociones de “dictadura”, “presidencia vitalicia” y “monarquía constitucional” se extienden en el interdiscurso de Monteagudo desde 1812 a 1823 no como sinónimos intercambiables, sino como posibles soluciones a un casi invariable anhelo de orden en torno de un “hombre fuerte”⁵.

Otro pasaje de gran riqueza es aquel en el que analiza el modo en que Monteagudo se convierte en el portavoz del grupo morenista luego de la muerte del ex Secretario de la Primera Junta, en el capítulo 2 del libro. Allí, releva cómo, a través de una serie de estrategias discursivas, Monteagudo, un “recién llegado a la sociedad revolucionaria”, logra instituirse como el portavoz del grupo “de avanzada”. Lo hace a partir del enfrentamiento con Vicente Pazos Silva (Kanki) que comienza el 29 de noviembre de 1811 con la respuesta a un artículo de éste publicado el 21 de noviembre, en una disputa que se mantendrá hasta marzo de 1812⁶. En ella, Monteagudo aboga a favor de la independencia, mientras que Pazos Silva sostiene la validez de la fórmula profernandina (la famosa “máscara de Fernando VII”, que en el discurso de Pazos Silva parece menos máscara que auténtico rostro). En tanto portavoz, según Vázquez

⁵ Vázquez Villanueva, G., op. cit., 193-194.

⁶ Ambos textos y los que continuarían la polémica fueron publicados en la *Gazeta de Buenos Aires*.

Villanueva, pone en escena el conflicto entre lo decible y lo aceptable en una sociedad, conformando nuevos *objetos discursivos* y, en consecuencia, un nuevo lenguaje, el *verdadero lenguaje revolucionario*⁷. Se identifica así con el rol de una vanguardia cuyos enemigos son más encarnizadamente identificados con los “simulados patriotas” (es decir, los revolucionarios moderados) que con la metrópoli española, instalándose entonces como *verdadero patriota*. Hasta aquí, una prolija y fiel explicación de las posiciones del debate y un análisis interesante de los posicionamientos y los presupuestos (discursivos e históricos) que los permiten. Pero vale la pena citar *in extenso* el siguiente fragmento:

...La cuestión es entonces aprehender las estrategias a través de las cuales Monteagudo se instaura como *ego* del discurso y construye su identidad discursiva y política.

Esto se observa en el primer artículo, donde Monteagudo se designa a sí mismo *El vasallo de la ley* al referir tanto la transferencia de los valores revolucionarios a partir de un proceso de relexicalización como la imbricación con la situación comunicativa. El término *vasallo* expande el juego de cesiones puesto que, al utilizar un ejemplo del vocabulario del antiguo régimen que denota la sumisión hacia quien ejerce la autoridad, transpone el ejercicio del poder y reconoce como única fuente de legitimidad a la ley, uno de los principios de la modernidad política. A su vez, el término *editor*, con el que nombra a Pazos, queda en una posición desvalorizada frente al sentido político otorgado a *vasallo de la ley*.⁸

Esa heterogeneidad (Antiguo Régimen/modernidad política) hallada en un seudónimo aparece marcando el espacio que el AD puede reclamar para sí mismo en la práctica historiográfica: cuestionar la transparencia de la fuente haciendo jugar los significados de un vocablo en una red semántica mucho más amplia.

Las otras estrategias que se mencionan incluyen la inscripción del cuerpo del orador a partir de la selección léxica del verbo *ver* (y del sustantivo *observación* como título de un artículo), la mostración de las pasiones del sujeto enunciador con la selección de *querer*, el ataque directo a Cornelio Saavedra y la autodesignación como heredero de Moreno, quien es construido como el portador de una mística revolucionaria. Una vez instalado como portavoz de la revolución, Monteagudo define un lenguaje revolucionario

⁷ El concepto de “portavoz” (*porte-parole*) fue elaborado por un sociólogo, Bernard Conein, para dar cuenta del discurso asambleario en la Revolución Francesa; el portavoz es un predicador político que se dirige a las clases populares desde un lugar de saber y autoridad propio de la minoría política.

⁸ Vázquez Villanueva, G., op. cit., 79-80.

y asume las funciones de maestro que enseña sus significados y de profeta que los reafirma. El análisis de esos modos de difundir un mensaje político, de la construcción de esas figuras para el sujeto enunciador y de las disputas en las que se inscriben resulta un aporte clave a la comprensión del triunfo del partido morenista una vez desaparecido su epónimo (que fue menos líder que mártir retrospectivamente seleccionado), sin refutar, pero completando, el papel desempeñado por los levantamientos del 5 y 6 de abril de 1811⁹ ¹⁰.

El uso del concepto de “portavoz”, el estudio de las estrategias discursivas involucradas en su constitución y otros ejemplos que omitimos son aplicaciones inteligentes y sagaces del método que permiten hacer nuevas preguntas a fuentes ya estudiadas. ¿Debemos ahora hacer una evaluación final del trabajo de Vázquez Villanueva? Si nos hemos propuesto esta reseña, como marcamos al comenzar, para pensar cuál es el aporte del AD a la escritura de la historia, sabíamos sin embargo que la respuesta no la encontraríamos evaluando un texto en particular. Sin embargo, hemos marcado algunos énfasis y algunas omisiones del AD, así como específicos de *Revolución y discurso*. Una de las definiciones del AD aportadas por este texto es la de una mirada sobre la laboriosidad del lenguaje y el horizonte del sentido, mirada que “puede ubicarse en distintos niveles y dimensiones lingüísticas -retórica, actos de habla, marcas de subjetividad”¹¹. Cabe preguntar: ¿en *cualquier* nivel o dimensión? ¿Cómo definir así un método, cómo dar cuenta de su rigor, de las posibilidades de su emulación, de nuestra capacidad para *aprovecharlo*? Ese abanico inmenso de opciones de fenómenos lingüísticos que pueden caer bajo la mirada del analista convierte al AD en una tarea mucho más artesanal que mecánica, mucho más aplicable a *casos* bien delimitados que a

⁹ Véase Halperin Donghi, Tulio; *Revolución y guerra. La formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1972, 168-216.

¹⁰ Una continuación posible del trabajo de Vázquez Villanueva: esas estrategias discursivas, que se presentan como inscriptas en la enunciación, constituyen a la vez el lugar donde se articulan los efectos de sentido y se imponen los efectos de significación de la hegemonía discursiva de una sociedad; ¿cuál es allí el papel del *sujeto* histórico que ha producido los enunciados? Una manera de dar respuesta a esta cuestión sería considerar la diferencia entre los papeles públicos de Monteagudo y aquellos destinados a un lector menos anónimo y general, como las cartas y los otros textos mencionados en la nota 3. Ampliando el corpus del análisis, se podría ponderar el grado de consciencia del trabajo sobre los materiales de Monteagudo, es decir, cuánto de esas estrategias era deliberado y cuánto una ideología que hablaba a través de él.

¹¹ Vázquez Villanueva, G., op. cit., 26.

grandes esquemas. De ahí que, en definitiva, los logros parciales de *Revolución y discurso* se vean malogrados por una narrativa que intenta unirlos y amalgamarlos no sólo en un “extenso acto de habla”, sino en una larga, demasiado larga, glosa mechada de intermitentes iluminaciones y repeticiones persistentes.

Una última nota, por último, respecto de un mal entendido, a nuestro juicio, AD: si el discurso es el objeto con el que esta perspectiva trabaja, no debemos perder de vista que éste no es más que uno de los niveles de análisis posible, necesario quizás para abordar otros, pero que no agota de por sí las posibilidades de los documentos. Plantear que la lectura “se centra además en un objeto discursivo, el Estado, que representa las luchas y sujeciones de lo político asentadas en el último período de la emancipación americana”¹², es ignorar que el Estado no es sólo un objeto discursivo, sino que involucra otras dimensiones: personas movilizadas, violencia ejercida, instituciones cuya expresión no es únicamente discursiva (como ejemplifica Foucault al estudiar en la cárcel y el hospital una disposición espacial), tradiciones que sostenidas discursivamente se actualizan o se relegan en relación con una historicidad concreta. En este último rubro, justamente, una pobre percepción de amplias formaciones discursivas como “liberalismo” o “nacionalismo” las reduce a significantes unívocos, que habrían remitido a lo largo de toda su historia y en boca de todos a una ideología invariable. Algo similar podría decirse de la idea de “americanismo” que permea todo el libro¹³. Según Vázquez Villanueva, “un estudio dentro de esta teoría [el AD] tiene su razón de ser no sólo por la función cardinal del discurso en la formulación y reproducción de la ideología, en las estrategias de persuasión o control y en la disciplina que busca generar en las prácticas sociales -los cuerpos y las conciencias-, sino por su apuesta sobre la memoria, sobre la historia”¹⁴, para seguir de ello que estudiar el discurso de Monteagudo resulta funcional a un proyecto de unidad continental en la actualidad. Sin recusar de ningún modo ni la atención que Monteagudo merece como líder revolucionario (que este libro tiene el mérito de poner de relieve al recuperar con exhaustividad un vasto acervo documental

¹² Vázquez Villanueva, G., op. cit., 36.

¹³ De hecho, en este sentido, el subtítulo no deja de ser engañoso: la dimensión americanista del discurso de Monteagudo aparece con fuerza sólo después de la experiencia del traslado a Chile y Perú siguiendo al Ejército Libertador, pero no en toda su producción porteña (1811-1815), cuando la idea de “patria chica” se impone a cualquier otro colectivo.

¹⁴ Vázquez Villanueva, G., op. cit., 223.

durante demasiado tiempo dejado de lado) ni, mucho menos, las convicciones y pasiones puestas en juego a la hora de pensar alguna posible unidad con las otras repúblicas de habla hispana (convicciones y pasiones que compartimos), lo que no termina de cuajar es la homologación de circunstancias por completo distintas: el tiempo de Monteagudo, de revolución, contrarrevolución y guerras de armas y de palabras difiere tanto del nuestro que interpretar continuidad y sinonimia donde sólo hay algunos términos y algunos referentes semejantes es, sin más, no captar la naturaleza del lenguaje, siempre cambiante, siempre cambiado y siempre cambiando.

Bibliografía

Altuna, Elena; “Un letrado de la emancipación: Bernardo de Monteagudo”. *Andes* 13, 2002, 29-50.

Conein, Bernard; “La position du porte-parole sous la révolution française”, en: Beaujot, Jean-Pierre, Michel Glatigny y Jacques Guilhaumou; *Peuple et pouvoir*. Lille: Presses Universitaires de Lille, 1980, 153-163

Foucault, Michel; *La arqueología del saber*. México: Siglo XXI, 1970.

-----; *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets, 1987.

Goldman, Noemí; *El discurso como objeto de la historia*. Buenos Aires: Hachette, 1989.

-----; *Historia y lenguaje. Los discursos de la Revolución de Mayo*. Buenos Aires: Editores de América Latina, 2000.

Guerra, François-Xavier; *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993.

Halperin Donghi, Tulio; *Revolución y guerra. La formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1972

-----; *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1985.

Narvaja de Arnoux, Elvira; *Análisis del discurso. Modos de abordar el material de archivo*. Buenos Aires: EUDEBA, 2006.

Pêcheux, Michel; *Hacia el análisis automático del discurso*. Madrid: Gredos, 1978.

-----; “Remontémonos de Foucault a Spinoza”, en: Monteforte Toledo, Mario (ed.); *El discurso político*. México: Nueva Imagen, 1980, 181-200.

Interpretaciones. Revista de Historiografía Argentina.
Número 3. segundo semestre de 2007

Vázquez Villanueva, Graciana; *Revolución y discurso. Un portavoz para la integración hispanoamericana: Bernardo de Monteagudo (1809-1825)*. Buenos Aires: La isla de la luna, 2006.